



El cementerio civil de Alcázar tal cual era, visto de frente. Formaba su fachada una reja como de coro de catedral, algo más opulenta que representa este excelente dibujo de Samper y le estorbaba únicamente una cosa, el sol de la mañana, porque aquel silencio frío, la soledad y la umbría interior, amiga de la herrumbre, se perjudicaba con el sol radiante que calcina y resquebraja las cruces y las piedras, cubriéndolas de hierba feraz, por hacer brotar la vida desde el mismo pudridero, como una resurrección vital que crea nuevas formas con los mismos elementos descompuestos, por eso le favorecía la tarde y lo hacía más imponente y medroso la luz crepuscular, el aire colado por entre los hierros de la verja y el rodar del tren al pasar por la casilla de Mentirola, que hendía los espacios denotando con su eco lo remoto de los otros mundos.

Nuestro prestigioso pintor José Luis Samper nos da una idea clara del aspecto exterior de este cementerio singular que era claramente visible desde la calle por los clareos de su reja y puerta y que desapareció sin dejar ninguna huella de lo que fue, fenómeno habitual en Alcázar con todas las cosas que tuvieron alguna significación en su existencia.

Es un acierto del dibujante dejar la cancela abierta para representar la entrada y el zaguán tal como era y se necesitaba cuando los féretros se llevaban a hombros o de las asas entre seis personas que debían entrar todas a un tiempo. Se ve así el embaldosado de losas blancas y negras, la lámpara del techo y el paso a la tierra del cementerio, donde la vida sigue tan activa como en el exterior, en una transformación continua de sus elementos, con desaparición de unas formas e instauración de otras, por el breve tiempo del ciclo vital de cada una.